

II

Cuatro frases vigorosas describen, en este segundo modo, la gratuidad como ideal en el servicio del amor. Reconocemos la visión plenamente benedictina y cisterciense de Beatriz, revestida del vocabulario de la literatura cortés.

Otro modo de amor consiste a veces en esto: el alma quiere amar de manera totalmente gratuita. Quiere servir a nuestro Señor por nada: amarlo simplemente, sin por qué, sin recompensa de gracia o de gloria; como una joven que se dedica al servicio de su Señor por puro amor, sin ninguna recompensa, contenta con servirlo y con que él le permita servirlo. Así ella desea devolver fielmente amor por Amor, servirle amándolo sin medida, más allá de toda razón y de todo lo que el hombre pueda entender.

En este estado el alma está ardiente de deseos, pronta para servir, preparada a sufrir, dulce en las contradicciones, alegre en la aflicción: con todo su ser quiere solamente complacer al amor. Hacer o sufrir algo en su servicio, es todo lo que desea y le basta.

¡La gratuidad total en la generosidad absoluta! Este es tal vez el modo que en su sencillez, pero contemporáneamente en la fuerza de la expresión afectiva, nos representa más plenamente la figura de Beatriz.

¹ Maestra del monasterio del monasterio trapense Nuestra Señora de Quilvo, Chile.

² La primera parte de este artículo fue publicado en *CuadMon* n° 149 (2004), pp. 179-197.

El amor la
llamó y la
condujo.
Beatriz de
Nazareth
(1200-1268)²
Segunda Parte

CuadMon 150
(2004) 301 - 317

Ella vuelve aquí sobre un tema ya claramente anunciado al comienzo del primer modo: “quiere servir fielmente a Nuestro Señor” así como al final: “poder servir al amor sin que la detengan las culpas pasadas”. Redacta un nuevo modo sólo para subrayar la esencia más profunda del amor. Las palabras “servir” y “servicio” se repiten siete veces en estas breves líneas.

“Servir por nada - amar simplemente - sin por qué - por puro amor - sin ninguna recompensa - contenta sólo con servir - devolver amor por amor - servir amando sin medida”³: es el verdadero contenido del amor extático, que se olvida totalmente de sí mismo por el Amado y nos regala uno de los más bellos retratos de una humanidad plenamente cumplida: “ardiente en los deseos, pronta para servir, preparada a sufrir, dulce en las contradicciones, alegre en la aflicción: con todo su ser quiere solamente complacer al amor”. Es la nueva humanidad revelada por el Evangelio. La verdadera identidad de la criatura, la identidad del Nuevo Adán, de la Nueva Eva es la del siervo, de la servidora. En lo más íntimo del corazón del hombre el abandono de la fe se hace servicio.

III

El deseo quedará siempre más grande que todo lo que el hombre pueda realizar. En este tercer modo choca con la experiencia de la insuficiencia humana. Elegir la fidelidad a la voz del deseo es, para Beatriz, exponerse a sufrir las penas del infierno, sin echarse para atrás.

En el tercer modo de amor el alma de buena voluntad pasa por grandes penas, porque ella quiere a toda costa contentar al Amor y satisfacerlo plenamente en el honor, en el servicio, en toda obediencia de amor.

Este deseo, a veces, surge en ella violentamente; ella se empeña con pasión en querer hacerlo todo: no hay virtud en la cual no busque la perfección, ninguna cosa que no esté dispuesta a sufrir o a soportar; no se ahorra nada, no admite ningún límite en su esfuerzo. Está dispuesta a

³ Cf. SC 83,4, OCSB V, pp.1030-1031: “*Is per se sufficit, is per se placet, et propter se. Ipse meritum, ipse praemium est sibi. Amor praeter se non requirit causam, non fructum: fructus eius usus eius. Amo quia amo; amo ut amem*”, “Este se basta por sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. El es su propio mérito y su premio. El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto es su experiencia. Amo porque amo; amo para amar”.

toda dedicación, pronta e intrépida en el sufrimiento o en el trabajo. Pero, en cualquier cosa que haga, queda insatisfecha.

Este es de hecho su dolor más grande, no poder rendir justicia al amor según sus deseos, encontrarse siempre con él en deuda insoluble. Sabe, sin embargo, que esto supera las fuerzas humanas y sobrepasa en mucho lo que está en su poder: lo que desea es en verdad irrealizable para toda criatura, porque ella quisiera hacer, sola, cuanto hacen todos los hombres sobre la tierra y todos los espíritus en el cielo, todos los seres en las alturas y en las profundidades e infinitamente más todavía, para servir, honrar y amar al amor según su dignidad. Quiere suplir con la intención perfecta y la fuerza del deseo a todo lo que falta en sus obras, pero ni aún esto puede consolarla. Sabe muy bien que el cumplimiento de tales deseos está por encima de sus esperanzas, por encima de todo sentido y de toda razón humana, pero no llega a moderarse, a dominarse, a tranquilizarse. Hace, mientras tanto, todo lo que puede: tributa gracias y alabanzas al amor, obra y trabaja por él, se ofrece enteramente al amor y no actúa más que en él.

En todo esto, entonces, no hay descanso para ella: tiene que sufrir siempre por no poder alcanzar lo que anhela. Queda sumergida en la pena, en la languidez insaciable: le parece que muere sin morir y que en esta muerte ella sufre el infierno. Verdaderamente su vida es infernal, no es más que decepción y desgracia; los deseos ansiosos la martirizan, ningún cumplimento, ninguna satisfacción, ningún reposo se deja entrever.

Tiene que permanecer en este estado hasta que nuestro Señor la consuele con otro modo de amor, con un conocimiento más íntimo de sí mismo: entonces podrá poner por obra el nuevo don recibido de él.

Si pudiéramos llamar el segundo modo “servir por amor”, el tercero sería “sufrir por amor”. El tema del dolor está presente en todas sus gamas: la insatisfacción, a pesar de todo lo que el alma pueda y esté dispuesta a hacer, la condición de deuda permanente en que ella se encuentra con Dios, la conciencia de que lo que desea es irrealizable para toda criatura, constituyen el tormento inconsolable del alma de este modo. Consciente y libremente, con la audacia del amor, ella quiere suplir todo lo que falta en sus obras con una intención perfecta y la fuerza del deseo. Sabe muy bien que poder avanzar en el amor depende únicamente del don gratuito de Dios, y sabe, al mismo tiempo, que el poder del deseo es el único que puede abrir su corazón a recibir el don, a través de la purificación que el mismo deseo comporta. Está dispuesta a permanecer en este martirio todo el tiempo que Dios haya establecido. La “medida

sin medida” de san Bernardo llega hasta sus últimas consecuencias en las expresiones del amor extático, propias de las *mulieres religiosae*, distanciándose así de las formas literarias del siglo XII⁴. ¿Por qué canales alcanzará a la España del siglo XVI, como, por ejemplo, en el famoso “muero porque no muero” de Teresa de Ávila?

IV

El cuarto y quinto modo, como las dos tablas de un díptico, presentan las dos caras del “nuevo don” recibido de Dios, que el tercer modo había anunciado claramente: “hasta que nuestro Señor la consuele con otra manera de amar, un conocimiento más íntimo de Él”. En este don de conocimiento más íntimo, la relación pasa del voluntarismo generoso del esfuerzo humano al abandono pasivo a la sola acción poderosa de Dios.

En el cuarto modo de amor, Nuestro Señor hace saborear al alma, a veces grandes delicias, a veces grandes penas, de las cuales vamos a hablar ahora.

A momentos parece que el amor se despierte dulcemente en ella y se levante espléndido para conmover el corazón sin ninguna acción de la naturaleza humana. El corazón es excitado entonces con tanta ternura, atraído con tanta vivacidad, alcanzado con tanta fuerza y abrazado por Él con tanta pasión, que el alma queda totalmente conquistada. Ella experimenta una nueva intimidad con Dios, una iluminación del espíritu, un maravilloso exceso de delicias, una noble libertad y una urgente necesidad de obedecer al amor; conoce la plenitud y la sobreabundancia. Siente que todas sus facultades pertenecen al amor, que su voluntad es amor; se encuentra imbuida y sumergida en el amor, ella misma no es más que amor. La belleza del amor la hizo hermosa, su fuerza la ha devorado, su dulzura la absorbe, su justicia la sumerge, su nobleza la abraza; la pureza

⁴ Cf., no obstante, Guillermo de Saint-Thierry en sus *Meditativae Orationes*: “Te ruego que digas a mi alma, tú su salvador, por qué le has inspirado tu deseo, ¿acaso para que me atormente, me desgarre y me mate? Y ojalá me hubiese matado. Por favor, Señor, ¿es éste mi gehena? Que lo sea y que nunca deje de atormentarme ni nunca yo de arder en él; que no me deje respirar en cosa alguna, ni por un día ni por una hora, ni por un momento, hasta tanto que comparezca en tu presencia, aparezca para mí tu gloria y que la eterna fiesta de tu rostro reverbere mi alma”, GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *Diálogo con Dios*, Padres Cistercienses 2, Azul 1977, p. 102.

del amor la ha adornado, su altura la ha elevado y asociado a sí mismo: ella pertenece toda al amor y no puede ocuparse más que de Él.

Cuando ella siente esta sobreabundancia de delicias y esta plenitud, su espíritu se abisma enteramente en el amor, su cuerpo desfallece, su corazón se licúa y sus fuerzas la abandonan. Está tan dominada por el amor que apenas puede sostenerse: a menudo pierde el uso de sus miembros y de sus sentidos. Es como un vaso lleno, cuyo contenido rebosa al más pequeño movimiento: la plenitud de su corazón la abruma y, sin que ella sepa cómo, por nada el amor desborda.

A las primeras dos líneas, que son contemporáneamente una introducción al cuarto y quinto modo, sigue una apertura soberana. Es esta una de las páginas más bellas de Beatriz que, en un lirismo insospechado, nos describe la primera experiencia pasiva del amor de Dios en el alma. La sugestiva imagen del despertarse y levantarse del amor en el corazón evoca el encanto de la naturaleza, el levantarse del sol en una mañana luminosa. Fácilmente la memoria corre al salmo 18: *Allí le ha puesto su tienda al sol: él sale como el esposo de su alcoba [...]. Asoma por un extremo del cielo y su órbita llega al otro extremo: nada se libra de su calor* (Sal 19/18, 5-7).

No hay lugar para la acción de la naturaleza humana: “El corazón entonces es excitado con tanta ternura, atraído con tanta vivacidad, alcanzado con tanta fuerza y abrazado por Él con tanta pasión, que el alma queda totalmente conquistada”. En esta sola frase cuatro verbos seguidos, en un *crescendo* de intensidad y significado, acompañados cada uno por un sustantivo que los explicita y refuerza, amplían progresivamente la descripción de la acción soberana del amor de Dios en el corazón y nos arrastran en el movimiento abrasador de su toma de posesión.

Iluminación, participación, asociación son los temas claves de este cuarto modo, hasta el punto en que “ella misma no es más que amor”. “Ser amor”, expresión típica de las *Mulieres religiosae*, indica el pleno cumplimiento que la semejanza ha alcanzado en el alma. La descripción con la cual Beatriz sintetiza todos los elementos de la semejanza y de sus frutos en el alma está llena de majestuosa poesía: “La belleza del amor la hizo hermosa, su fuerza la ha devorado, su dulzura la absorbe, su justicia la sumerge, su nobleza la abraza; la pureza del amor la ha adornado, su altura la ha elevado y asociado a sí mismo: ella pertenece toda al amor y no puede ocuparse más que de Él”. Belleza, fuerza, dulzura, justicia, nobleza, pureza, altura. Todo esto, a la vez, es la *minne*: el cumplimiento de la semejanza en el amor es plenitud de pertenencia.

Tres frases todavía describen las consecuencias de la experiencia

de esta plenitud sobre su espíritu, su cuerpo y su corazón y la resumen en la imagen final de un vaso desbordante. ¿Cómo no pensar en el *Salmo 22*? *El Señor es mi pastor, nada me falta; [...] y mi copa rebosa (Sal 23/22, 1.5).*

V

En el quinto modo acontece a veces que el amor se levanta en el alma en tormenta con mucho fragor y exceso de delicias, de tal forma que parece que el corazón vaya a romperse y el alma a salir de sí misma, en el acto del amor y de la fruición. Ella es entrenada en el deseo de amor para el cumplimiento de sus grandes obras, a las obras puras del amor: quiere satisfacer al amor en sus múltiples exigencias. O más bien quiere reposar en el dulce abrazo del amor, en la riqueza deleitosa y en la plenitud de todo bien: su corazón y todos sus sentidos lo desean con ardor, lo buscan con celo, lo reclaman con pasión. Cuando está en este estado, ella se encuentra tan fuerte en el espíritu, abraza tantas cosas en su corazón, experimenta tal aumento de fuerza física, de prontitud y de energía en su obrar, internamente y externamente, que todo en sí misma le parece actividad y trabajo, aún cuando su cuerpo reposa. Se siente sin embargo atraída desde el interior, fuertemente agarrada por el amor, presionada por la impaciencia y por las múltiples penas de un corazón insatisfecho. A veces es el sentimiento mismo del amor que, sin razón alguna, la hace sufrir, a veces la ausencia de aquellos bienes de los cuales el amor tiene sed y de la fruición negada a su deseo. Por momentos el amor pierde, a este punto, toda medida en ella, brota con tal violencia, agita el corazón tan fuerte y furiosamente, que este corazón parece herido por todas partes y sus heridas no cesan de renovarse, cada día más ardientes y dolorosas. Le parece que sus venas se rompen, su sangre se derrama, su médula se desmembra: sus huesos desfallecen, su pecho revienta, su garganta se reseca; su rostro y todos sus miembros advierten la quemadura interior y la ira soberana del amor. A veces es también como una flecha que atraviesa su corazón hasta la garganta y le hace perder los sentidos, o como un fuego que atrae todo lo que puede consumir: tal es la violencia que esta alma experimenta, la acción del amor en ella sin medida y sin piedad, que exige y devora todo.

La Novia está tan atormentada, aplastada, extenuada en su interior, que sus energías no le bastan para nada, pero su alma está nutrida, su amor amamantado y su espíritu elevado por encima de sí mismo.

En verdad el amor sobrepasa de tal manera sus fuerzas que, si

fuera posible, ella quisiera por momentos quebrar el lazo de su poder y de tanto dolor sin turbar la unión de amor; pero el lazo del amor la estrecha tan de cerca, su inmensidad la domina hasta tal punto que ella no puede usar ni medida ni razón, no puede seguir el buen sentido ni moderarse, ni esperar sabiamente.

Porque cuanto más recibe de lo alto, más reclama; más se le revela la verdad, más la impulsa el deseo de acercarse a esta luz: la verdad, la pureza, la nobleza y la fruición del amor. Ella es entonces atraída y estimulada cada día más fuertemente, ni satisfecha ni tranquila, en nada. Lo que más la devora y la atormenta es lo que a su vez la cura y la consuela; lo que la hiere en lo más profundo, más que toda otra cosa le asegura la salud.

Orewoet, ira soberana de amor. Este término, presente tanto en Beatriz como en la grande Hadewijch, la beguina contemporánea suya, indica las grandes penas que la experiencia de las grandes delicias ya preanunciaba. Al día que se levanta en el corazón, espléndido en su dulzura, sucede el de la gran tormenta. Es la ley de la alternancia, propia de esta tierra, que en la vida del espíritu, aumenta progresivamente el deseo y nos permite crecer, avanzar siempre más.

La vehemencia de este deseo se explicita, en un *crescendo* siempre mayor: “Ella es entrenada en el deseo de amor para el cumplimiento de sus grandes obras” y más adelante: “su corazón y todos sus sentidos lo desean con ardor, lo buscan con celo y lo reclaman con pasión” y hacia el final: “no puede usar ni medida ni razón, no puede seguir el buen sentido ni moderarse, ni esperar sabiamente. Porque cuanto más recibe de lo alto, más reclama; más se le revela la verdad, más la impulsa el deseo”.

Ciertamente estamos lejos de la discreción de los Padres cistercienses del siglo precedente⁵, pero podemos afirmar que en ningún otro modo como en éste Beatriz se nos revela autora magistral en la sobriedad, precisión, dominio del lenguaje. Como subraya Georgette Epiney-Burgard, la experiencia mística y visionaria de la *Vita*, es descripta de manera concreta y simbólica, a la vez. Los acontecimientos presentados allí como externos, aquí son interiorizados; por ejemplo la flecha, que en la *Vita* es una imagen visionaria, se convierte en una metáfora que expre-

⁵ Leemos sin embargo en J. B. M. PORION: “También el *orewoet*, la curiosa ‘cólera de amor’ de Beatriz, puede ser relacionada con antecedentes latinos: Guillermo de Saint-Thierry habla de una *insania amoris* (cf. Mens op. cit., pp. 133-134, nota 97), y Ricardo de San Victor ha escrito un pequeño tratado *De quatuor gradibus violentae charitatis* (PL. 196, col. 1207)”, op. cit., Anexo B, p. 293 (nuestra traducción).

sa la emoción interior⁶. Las más altas experiencias místicas no retienen nunca, por sí mismas, la atención de Beatriz... ¡siempre y sólo el amor es el gran protagonista!

¿Cómo sintetizar, finalmente, estos dos modos que ella une en uno solo? Para quien se abandone enteramente a la acción del deseo, Dios será una presencia o una ausencia perfectamente real: “A veces es el sentimiento mismo del amor que, sin razón alguna, la hace sufrir, a veces la ausencia de aquellos bienes de los cuales el amor tiene sed y de la fruición negada a su deseo”. En este quinto modo se nos revela todo lo que hay que sufrir para llegar a ser lo que ya somos, criaturas capaces de Dios, capaces de amar.

VI

El sexto modo se abre con cuatro superlativos relativos: “más elevada y adelantada en la piedad [...] conocimiento más íntimo y más alto”. Se trata evidentemente de una cumbre. Con las mismas palabras de Beatriz podríamos llamarlo: triunfo del amor. El alma alcanza la plenitud de la semejanza y realiza así perfectamente el primer modo, en donde era movida por “el deseo de vivir en la pureza, en la nobleza y la libertad, en las cuales Dios la creó a su imagen y semejanza”.

En el sexto modo, cuando la novia de Nuestro Señor está más elevada y adelantada en la piedad, experimenta todavía otra forma de amor con conocimiento más íntimo y más alto.

Siente que el amor ha triunfado sobre sus defectos, domina sus sentidos, adorna su naturaleza, dilata y exalta su ser. Ella es ahora dueña de sí misma y no encuentra más ninguna resistencia, posee su corazón con toda seguridad para actuar libremente o reposar en la fruición. En este estado no hay nada que le parezca poca cosa: todo lo que conviene al amor es fácil para hacerlo o dejarlo, para sufrirlo o para llevarlo; el ejercicio de la caridad no le cuesta más ningún esfuerzo.

Experimenta entonces una devoción divina, una pureza límpida, una suavidad espiritual, una libertad ferviente, un sabio discernimiento,

⁶ Cf. “Béatrice de Nazareth” (p.109), en: G. EPINEY-BURGARD y E. ZUM BRUNN, *Femmes Troubadours de Dieu*, Editions Brepols, Belgique 1988, pp. 99-115 (nuestra traducción). Trad. castellana: *Mujeres trovadoras de Dios*, Paidós, Barcelona 1998.

una dulce igualdad con Nuestro Señor y una ciencia íntima de Dios.

Se puede comparar ahora a una ama de casa, que ha arreglado su hogar como conviene, lo ha refaccionado sabiamente y ordenado con belleza, lo ha asegurado bien y cuidado con prudencia; toma y deja según su conveniencia, abre y cierra a su gusto. He aquí lo que pasa en esta alma: ella es amor y el amor reina en ella, poderoso y soberano, tanto en la acción como en el reposo, en lo que emprende o evita hacer, tanto en las cosas interiores o exteriores, según su voluntad.

Como el pez que nada a lo largo del río o reposa en su profundidad, como el ave que vuela atrevidamente en las alturas, así ella siente que su espíritu se mueve libremente en la altura, en la profundidad, en la abundancia deliciosa del amor.

El poder del amor ha conquistado y conducido a esta alma, la ha conservado y protegido, le dio la prudencia y la sabiduría, la dulzura y la fuerza de la caridad. El amor mantuvo escondido este poder hasta el momento en que, por una nueva ascensión, se ha hecho maestra de sí misma, de suerte que el imperio del amor queda en ella indiscutido. Él la vuelve entonces tan audaz, que no teme más ni a hombre, ni a demonio, ni a ángel, ni a santo, ni a Dios mismo, en lo que hace o deja de hacer, en su actuar o en su reposo. Sabe bien, por otra parte, que el amor está en ella vigilante y activo, tanto cuando su cuerpo está en reposo, como cuando se dedica a múltiples trabajos. Sabe y siente que al amor no le importan ni el trabajo ni el sufrimiento, cuando reina en un alma.

Pero todos los que quieren alcanzarlo deben buscarlo con temor, seguirlo con fe, ejercitarse en él con ardor y no ahorrarse a sí mismos ni en el esfuerzo ni en el dolor, ni en el sufrimiento paciente del tormento o del desprecio. No hay pequeña cosa que estas almas no han de considerar grande, hasta cuando el amor vencedor obre en ellas sus obras soberanas, haga pequeñas las grandes cosas, facilite todo trabajo, suavice toda pena y la absuelva de toda deuda.

Esto es libertad de la conciencia, dulzura del corazón, sabiduría de los sentidos, nobleza del alma, elevación del espíritu y comienzo de la vida eterna. Es una vida angelical iniciada ya en la carne, de quien la otra vida será la continuación. ¡Que Dios se digne concederla a todos nosotros! Amén.

El alma está ahora totalmente poseída por el amor. Los frutos son dominio de sí, ninguna resistencia, plena seguridad, libertad total. El ejercicio de la caridad no le cuesta más ningún esfuerzo porque posee su voluntad en plena libertad. Es la *oboedientia caritatis* del tercer grado del

amor⁷ de san Bernardo.

“Experimenta entonces [...] una dulce igualdad con nuestro Señor”: la plenitud de la semejanza es la perfecta conformación con la imagen de Dios, Cristo y la conformación perfecta es el matrimonio espiritual de los últimos *sermões* del comentario al Cantar⁸. Los paralelos serían muchos.

Beatriz continúa, partiendo desde la imagen de la perfecta ama de casa, indiscutida señora de su hogar, para llegar a la síntesis ya anticipada en el cuarto modo de amor: “He aquí lo que pasa en esta alma: ella es amor, y el amor reina poderoso y soberano en ella”. “Ser amor”, la experiencia descrita por primera vez en el cuarto modo como consecuencia de una gracia extática, alcanza aquí plena y establemente todas las profundidades del ser.

El respiro de infinita libertad que atraviesa, de principio a fin, este sexto modo se concretiza inclusive en las imágenes clásicas del pez que nada en las profundidades del agua, del ave en su vuelo más atrevido, hasta terminar en un bellissimo himno al poder del amor: “El poder del amor ha conquistado y conducido a esta alma, la ha conservado y protegido, le dio la prudencia y la sabiduría, la dulzura y la fuerza de la caridad”. En una sola frase, en un bellissimo *crescendo*, dos parejas de verbos seguidas de dos parejas de sustantivos nos recuerdan el estilo de san Pablo e incluso la temática de la conclusión del capítulo tercero de la carta a los Efesios: “*Arraigados y cimentados en el amor podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo [...] para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios*” (Ef 3,17-19).

El amor manifiesta en Beatriz el poder que había mantenido “escondido” hasta ahora. Si la historia de la salvación se cumple enteramente en cada alma, podemos decir que ha acontecido en ella lo que san

⁷ Cf., por ejemplo, *Dil.* IX, 26, OCSB I, pp. 336-337. “*Itaque sic affectum, iam de diligendo proximo implere mandatum non erit difficile*”; “Quien así se siente afectado, cumple sin dificultad el precepto de amar al prójimo”.

⁸ Cf. SC 83,2, OCSB V, pp.1028-1029: “*Iam vero animae reditus, conversio eius ad Verbum, reformandae per ipsum, conformandae ipsi. In quo? In caritate*”; “El regreso del alma es su conversión al Verbo para ser reformada por él y conformada a él. ¿Cómo? *Por el amor*”, o también SC 83,3, OCSB V, pp.1028-1029: “*Ergo si perfecte diligit, nupsit*”; “Y si ama perfectamente, se desposa”... “*Complexus plane, ubi idem velle, et nolle idem, unum facit spiritum de duobus*”; “Un abrazo estricto, porque el hecho de querer y no querer al unísono hace de los dos *un mismo espíritu*”.

Pablo escribe de sí mismo al comienzo del capítulo: “[...] conforme al don de la gracia de Dios, a mí concedida por la fuerza de su poder [...] A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia [...] esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas” (Ef 3,7-9).

El amor perfecto ahuyenta todo temor. Beatriz expresa su audacia en un lenguaje enérgico, atrevido: “No teme más ni a hombre, ni a demonio, ni a ángel, ni a santo, ni a Dios mismo”.

Pero, cuidado, para alcanzar esta cumbre de amor “hay que buscarlo con temor, seguirlo con fe, ejercitarse en él con ardor y no ahorrarse a sí mismo ni en el esfuerzo ni en el dolor, ni en el sufrimiento paciente del tormento o del desprecio. Ninguna etapa puede ser saltada hasta que el amor llegue a ser vencedor en su actuación soberana en el alma.

Finalmente aparecen descritos todos los niveles del ser en la plenitud para la cual han sido creados: “Esto es libertad de la conciencia, dulzura del corazón, sabiduría de los sentidos, nobleza del alma, elevación del espíritu”. La vida del cielo comienza ya en esta tierra y ¡Beatriz la pide “para todos nosotros”! Por otra parte también san Benito la promete a todo monje, que no se haya saltado ninguno de sus doce peldaños de humildad. Podemos releer todo este modo a la luz de la última frase del capítulo séptimo de la Regla benedictina: “Subidos pues, finalmente, todos estos grados de humildad, llegará el monje en seguida a aquella caridad de Dios, que, siendo perfecta, excluye todo temor; por ella todo cuanto antes se observaba no sin recelo, empezará a guardarse *sin trabajo alguno, como naturalmente* y por costumbre; no ya por el temor del infierno, *sino por amor de Cristo* y cierta costumbre santa, y por la delectación de las virtudes. Lo cual se dignará el Señor *manifestar por el Espíritu Santo* en su obrero *purificado ya de vicios y pecados*” (RB 7,67-70).

VII

“Amor sublime” es el nombre con que Beatriz bautiza este último modo desde las primeras palabras de la introducción. Estamos frente a un superlativo absoluto. El alma es transportada en el misterio mismo de Dios, que “la atrae al estado más alto”. Mientras que en el sexto modo alcanza la madurez del amor de Dios sobre la tierra, en el séptimo es introducida “en el abismo profundo de la Deidad”. Se trata de la dimensión sobrehumana del amor de Dios, más allá del tiempo y del espacio.

El alma bienaventurada conoce todavía una séptima clase de

amor sublime, que obra en ella interiormente un trabajo singular. Ella es atraída en el amor por encima de sí misma, por encima de los sentidos, de la razón humana y de toda actividad de su propio corazón; es atraída por el solo amor divino en la eternidad, en la inmensidad inconcebible, en la anchura, en la altura inalcanzable y en el abismo profundo de la Deidad que está presente en toda cosa y queda incomprendida, inmutable en la plenitud del ser, todopoderoso, que lo comprende todo y todo obra por su acción soberana.

La novia es entonces tan tiernamente abismada en el amor, arrastrada por una aspiración tan fuerte, que su corazón enloquecido no puede contener más el impulso interior, su alma en el exceso de amor se deshace y desvanece, su espíritu cede completamente al furor de los potentes deseos. Ella quiere establecerse en la fruición: todo en ella tiende a esto. Es lo que exige de Dios, que busca ardiente y apasionadamente en Él, no puede dejar de quererlo porque el amor no le deja ni tregua ni reposo, ni paz de ningún tipo. El amor la exalta y la abaja, le hace saborear muerte y vida, la cura y la hiere nuevamente, la enloquece y la vuelve a hacer sabia, y por estos caminos la atrae al estado más alto.

Es así como ella es elevada en espíritu por encima del tiempo, por encima de los dones del amor, en la eternidad del amor que no tiene tiempo, que trasciende todos los modos humanos de amar; es elevada por encima de su propia naturaleza, por el deseo que quiere sobrepasarla.

Todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor son establecidos entonces en la verdad y en la claridad pura, en la alta nobleza y en la belleza de delicias, en la dulce sociedad de aquellos espíritus superiores que se derriten todos en olas de amor, mientras contemplan a su Amor y lo conocen claramente en la fruición. Su voluntad queda allá arriba en medio de los espíritus, allí vaga por el deseo, sobretudo en el coro de los Serafines ardientes; pero es la Divinidad, la altísima Trinidad su demora y su reposo bienaventurado.

Ella busca al Amado en su majestad, lo sigue y lo contempla con el corazón y el espíritu. Lo conoce, lo ama, lo desea de tal forma que no mira ni a santo ni a ángel ni a hombre ni a ninguna criatura sino en este amor común, en Dios mismo, por el cual ama a todos los seres con él. Es a él solo a quien ha elegido en el amor, por encima de todo, por debajo de todo y en todo: la pasión de su corazón y las fuerzas de su espíritu no desean nada más que verlo, poseerlo, gozar de él.

La tierra es entonces para ella un gran exilio, una dura prisión, un tormento cruel. Siente por el mundo solamente disgusto y desprecio, ninguna cosa de la tierra puede halagarla ni satisfacerla: es un gran dolor

para el alma estar así, tener que vivir lejos y extranjera en todas partes. Ella no puede olvidar su exilio ni apaciguar su languidez, el deseo la atormenta hasta suscitar compasión. Lo que experimenta es pasión y martirio, sin comparación ni medida.

Ella tiene entonces una gran sed de ser liberada de este destierro y desatada de los lazos de este cuerpo; suspira a menudo con corazón ardiente junto con el Apóstol: "*Cupio dissolvi et esse cum Christo*", es decir "quisiera ser liberada y permanecer con Cristo". Tal es la ardiente languidez, la dolorosa impaciencia que siente de ser liberada y morar con Cristo, no por el tedio de esta vida ni por el temor de las penas futuras, sino en virtud de un amor santo y eterno: el deseo de alcanzar el país de la eternidad, la gloria y la fruición, la mina, la consume y la devora.

Bajo el inmenso dominio de este deseo, su condición es dura y pesada: la pena que le hace padecer la sed es indecible. Es necesario mientras tanto que viva en la esperanza y esta misma esperanza la hace jadear y sufrir. ¡Ah, santos deseos del amor, cuánta fuerza tenéis en un alma enamorada! ¡Es un mal agudo y una vida moribunda! El alma no puede subir allá arriba ni sentirse en paz aquí abajo. No puede soportar el pensamiento del Amigo, tanto ella lo desea y el pensamiento de ser privada de él la tortura incesantemente. Es necesario que viva todos los tormentos.

Así, ella no puede ni quiere absolutamente ser consolada, como dice el profeta: "*Renuit consolari anima mea*", es decir "mi alma rehúsa el consuelo". Sí, ella lo rechaza y a menudo, sea de parte de Dios como de parte de las criaturas, porque todo consuelo que recibe, haciendo crecer su amor, la atrae hacia un estado más alto, renueva su deseo de la fruición y le hace más intolerable este exilio. Queda entonces sin paz, desolada, no obstante todos los dones que pueda recibir, mientras que es privada de la presencia del Bienamado.

Es una vida de grandes trabajos la suya, en la cual el alma rechaza todo consuelo, y no admite ninguna tregua en su búsqueda. El amor la llamó y la condujo, le mostró sus caminos que ha seguido fielmente en medio de grandes sufrimientos y pesados trabajos, con ardiente languidez y poderosos deseos, gran paciencia y gran impaciencia, en las dulzuras, los dolores y las muchas heridas, en la búsqueda y la oración, en la penuria y la abundancia, en la subida y el descanso, en la persecución y el abrazo, en la necesidad y la inquietud, en la angustia y la preocupación, en la fiebre mortal, en la fe pura y también, muy a menudo, en la duda. Alegría o dolor, está lista a soportar todo; muerta o viva, ella quiere entregarse al amor, soporta en su corazón inmensos sufrimientos, y es sólo por el amor que ella quiere alcanzar la Tierra

Prometida. Cuando se ha probado bien a sí misma en todo esto, la gloria es su único refugio. Porque ésta es por encima de todo la obra del amor: quiere la unión más estrecha y el estado más alto, donde el alma se entrega a la unión más íntima.

La amada entonces no cesa nunca de buscar al amor, quisiera conocerlo y gozar siempre de él, pero es cosa imposible en este exilio: ella quiere entonces emigrar hacia este país donde ha fundado su morada y fijado su corazón, donde ya reposa junto con el amor. Porque ella sabe bien, que solamente allí desaparecerá todo obstáculo, y el Amado la abrazará tiernamente.

Allí contemplará con pasión lo que tan tiernamente ha amado; poseerá para su salvación eterna a aquel a quien tan fielmente sirvió; gozará plenamente de aquel a quien, por el amor, tan frecuentemente abrazó en su alma.

Así entrará en el gozo de su Señor, como dice san Agustín: "*Qui in te intrat, intrat in gaudium Domini sui*", etc. "El que entra en ti entra en el gozo de su Señor", y no tendrá más temor, sino que será bienaventurado en el Bien soberano.

Es entonces cuando el alma está unida a su Esposo y se hace un solo espíritu con él, en un amor indisoluble y en una fe eterna. Aquellos que en el tiempo de la gracia se han dedicado al amor gozarán de él en la gloria eterna, donde nuestra ocupación será solamente alabanza y amor.

¡Dios quiera conducirnos allí a todos! Amén.

¿Cómo poder comentar este modo de amor sublime?

Se ha planteado un problema de interpolación en este séptimo modo, a causa del cambio de vocabulario, del reaparecer de los temas del deseo y del dolor, ausentes del sexto modo que a su vez aparecía ya como una conclusión. Se ha pensado también en una composición tardía, añadida en un segundo momento por la misma Beatriz, casi una recapitulación de los seis modos precedentes...

De hecho, cualquier cumbre que el hombre pueda alcanzar sobre la tierra se tratará siempre de un mero anticipo: el circuito del amor permanece abierto hasta el fin. Si el amor viene de Dios, podrá descansar sólo en Él; si en la criatura el deseo es la huella del Creador que la atrae hacia su origen eterno, podrá cumplirse sólo en el cielo.

Comparando las conclusiones del sexto y séptimo modo, me parece poder decir que Beatriz las pone casi a propósito, una frente a la otra, en oposición. En el movimiento conclusivo de este último modo: "¡Dios quiera conducirnos allí a todos!, me parece poder reconocer el

mismo movimiento final del Cantar de los Cantares. En efecto en el último capítulo del Cántico, a la declaración solemne de aquella que ha plenamente encontrado lo que buscaba: “*Así soy a sus ojos como quien ha hallado la paz*” (Ct 8,10), se contraponen la carrera irresistible de la conclusión: “*¡Huye, amado, mío, sé como la gacela o el joven cervatillo, por los montes de las balsameras!*” (Ct 8,14).

Al comienzo del modo, en una página de gran belleza literaria, Beatriz nos deja la descripción de la cumbre de su experiencia extática. La tradición latina reconoce en la expresión *excessus mentis*⁹ la experiencia que el mismo san Pablo califica de inefable¹⁰: “Es así que ella es elevada en espíritu por encima del tiempo, por encima de los dones del amor, en la eternidad del amor, que no tiene tiempo, que trasciende todas las maneras humanas de amar; es elevada por encima de su propia naturaleza, por el deseo que quiere sobrepasarla”.

¿Cómo no reconocer en este deseo, que la eleva por encima de su propia naturaleza, la presencia de otra naturaleza viviente, de Dios Espíritu en ella?¹¹.

“Todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor son establecidos entonces en la verdad y en la claridad pura [...] pero es la Divinidad, la altísima Trinidad su demora y su reposo bienaventurado”. Notamos aquí el cambio de vocabulario: la atención se desplaza desde el corazón al ser, desde la *minne*, a la “Divinidad, la altísima Trinidad”¹². Más adelante el deseo ardiente, que reaparece después de una ausencia total

⁹ Cf. el largo artículo “*Extasi*”, en *Dictionnaire de Spiritualité* 4 (1961), cols. 2045-2189, o también: M. CASEY, “*ch. 22 Le spirituel: Les grands thèmes bernardinas*”, puntos “*Unus spiritus*”, en Bernard de Clairvaux: *Histoire, mentalités, spiritualité*, S Chr 380: Éditions du Cerf, París 1992, PP. 606-635.

¹⁰ El paralelo con san Pablo (2 Co 12,2-4) se hace evidente y de hecho el mismo biógrafo lo propone: cf. *Vita* 2,19 n° 175-179. En todo este séptimo modo, la inspiración en las cartas paulinas es clarísima en la expresión, el estilo y la temática.

¹¹ Cf. BERNARDO OLIVERA, Abad General ocsó, *Carta Circular*, Roma 1999, p. 11: “Digamos finalmente que somos deseo pues Dios es Deseo en nosotros”.

¹² “La *minnemystik* se encuentra en Beatriz al estado puro, pero deja entrever ya algo de la mística del ser”, en J. B. M. PORION, op. cit., p. 45. “Estos contemplativos... viven siempre de la doctrina bernardina, pero anuncian también a Ruusbroec y la mística alemana del siglo XIV. Esto vale sobretodo por las monjas, quienes añaden a la espiritualidad afectiva cisterciense un matiz especulativo, muy evidente en los escritos de Beatriz de Nazareth”, en S. ROISIN, *L'hagiographie...*, op. cit., p. 121 (nuestra traducción).

en el sexto modo, es etimológicamente, deseo del cielo, ligado al tema de la tierra como exilio y del cielo como gloria eterna.

Vuelve, apasionado, el tema de la búsqueda, que nos acompañará hasta la conclusión del tratado. El dolor vuelve a ocupar un gran espacio: “Lo que experimenta es pasión y martirio¹³ sin comparación ni medida”. Beatriz lo describe largamente, con toda la fuerza de su inspiración.

Y llega el gran momento, el momento de entregarnos su más bello canto, su cántico al amor. En una larga serie de antinomias, ella describe la única tensión de toda su vida, todo cuanto ella ha creído, ha sufrido, vivido; es su adiós, casi su testamento en que nos deja, íntegro, su mensaje: todo es amor, todo es *minne*. Vale la pena transcribirlo aquí:

El amor la llamó y la condujo,
le mostró sus caminos que ha seguido fielmente
en medio de grandes sufrimientos y pesados trabajos,
con ardiente languidez y poderosos deseos,
gran paciencia y gran impaciencia,
en las dulzuras, los dolores y las muchas heridas,
en la búsqueda y la oración, en la penuria y la abundancia,
en la subida y el descanso, en la persecución y el abrazo,
en la necesidad y la inquietud, en la angustia y la preocupación,
en la fiebre mortal, en la fe pura y también, muy a menudo, en
la duda.
Alegría o dolor, está lista a soportar todo,
muerta o viva, ella quiere entregarse al amor,
soporta en su corazón inmensos sufrimientos,
y es sólo por el amor que quiere alcanzar la Tierra Prometida.

¹³ Nos parece poder proponer un paralelo evidente entre este séptimo modo y el cuarto grado de amor de san Bernardo. Los ejemplos serían muchísimos, comenzando por el mismo sujeto que aquí toma el nombre de “alma bienaventurada” mientras san Bernardo escribirá “*Beatum dixerim et sanctum...*”, en *Dil. X,27*, OCSB I, p. 338. Quisiéramos hacer notar únicamente el tema del martirio, tocado respectivamente en los dos modos. ¿Acaso no dan igualmente acceso, respectivamente al séptimo modo y al cuarto grado, el martirio incruento del alma de Beatriz y el martirio de sangre a quien se refiere san Bernardo?: “¿Podemos pensar que los santos mártires alcanzaron esta gracia (del cuarto grado), al menos en parte, mientras vivían en sus cuerpos victoriosos? Ciertamente una gran fuerza arrebató interiormente sus almas y les hacía capaces de entregar sus cuerpos y despreciar los tormentos”; “*Magna vis prorsus amoris illas animas introrsum rapuerat...*”, *Dil. X,29*, OCSB I, pp. 342-343.

Cuando se ha probado bien a sí misma en todo esto,
la gloria es su único refugio.
Porque ésta es por encima de todo la obra del amor:
quiere la unión más estrecha y el estado más alto,
donde el alma se entrega a la unión más íntima.

La incisiva declaración final aparece como una espléndida síntesis:
“Ésta es por encima de todo la obra del amor: quiere la unión más estrecha
y el estado más alto donde el alma se entrega a la unión más íntima”.

Antes de la oración final, una vez más en tono de advertencia,
Beatriz contrapone el tiempo de la gracia a la eternidad de la gloria. La
última palabra debía ser una sola: el amor, la *minne*:

Aquellos que en el tiempo de la gracia se han dedicado al amor,
gozarán de él en la gloria eterna, donde nuestra ocupación será
solamente alabanza y amor (*louen ende minnen*).

Quisiera concluir, con unas palabras del profesor Herman
Vekeman, que resumen incisivamente lo que venimos diciendo hasta
ahora: “Dios está presente sobre la tierra como amor de Dios: la tierra es,
entonces, el tiempo del amor, el cielo es el sin tiempo del Bienamado”¹⁴.

Beatriz ha sido plenamente hija de su tiempo, y de aquel tiempo
de renovación y cambio, como otros pocos en la historia, ha sido uno de
los frutos más bellos. Que su ejemplo nos ayude a enfrentar nuestro pro-
pio tiempo que, como el suyo, ha sido definido como un verdadero
cambio de época y que, de diferentes modos -muchos lo afirman- está
postulando un retorno a las profundidades de la vida mística. El amor de
Cristo, testimoniado hasta el derramamiento de la sangre, en el martirio
de tantos hermanos nuestros, nos indica, si queremos entenderlo, que ya
estamos en él.

Monasterio Nuestra Señora de Quilvo
Casilla 17D - Curicó
Chile

¹⁴ Sesión monástica, Chambarand, 1989.